

cuestionable, y dejar de crear exclusivamente personajes femeninos cuya conducta se ajusta a la idea reductiva que los hombres tienen de las mujeres. Mientras eso no suceda, será imposible encaminarse a una verdadera igualdad social y política. En ese sentido, sin duda sería positivo echar un vistazo a la pasada década de los 30, cuando la taquilla de Hollywood estaba dominada por ficciones femeninas, y actrices como Bette Davis podían interpretar una y otra vez personajes que eran absolutamente despreciables, y fascinantes a causa de ello.



«El público está acostumbrado a películas que confirman sus ideas preconcebidas»

— **Secretos de un escándalo de rocha ese tipo de ambigüedad y complejidad moral. Al verla uno siente cierta inquietud porque sus personajes no se dejan categorizar.**

— En la actualidad, y cada vez más, el público está acostumbrado a consumir películas que confirman sus ideas preconcebidas sobre lo que está bien y lo que está mal, o sobre los comportamientos que son socialmente aceptables y los que no. Pero, al hacer *Secretos de un escándalo*, yo he querido empujar al espectador a un territorio moral incierto y hacer así que se sienta confuso y desorientado. Cuando yo era muy joven y empezaba a desarrollar no solo mi amor por el cine sino también mi identidad como ser humano, esas fueron el tipo de películas que me ayudaron a hacerme preguntas, y a aprender. Y, por supuesto, las que más me divertieron.

— **Hablando de diversión. ¿Se divierte usted haciendo películas, o es un proceso más bien doloroso?**

— Pues diría que es un proceso dolorosísimo y que, precisamente, eso es buena parte de lo que lo hace divertido. Siempre que estoy inmerso en la producción de una película me siento al borde del precipicio, convencido de que en cualquier momento perderé el equilibrio y me estamparé contra el suelo. Pero, ¿qué sentido tendrían nuestras vidas si no las dedicáramos a tomar riesgos, y a seguir intentando cosas nuevas por primera vez? ■

Psicología clínica

La psicóloga clínica norteamericana Dasha Kiper publica 'Viajes a tierras inimaginables', un ensayo literario cargado de compasión y comprensión, centrado en las personas que atienden a los enfermos de alzhéimer. Son historias de héroes, víctimas, mártires y guerreros.

En la batalla del alzhéimer

Jordi Cotrina

ELENA HEVIA
Barcelona

Dos documentales testimoniales y emocionantes como *Mientras seas tú* y *La memoria infinita*, están dando fe de cómo afrontar desde la intimidad y la empatía el deterioro cognitivo y el alzhéimer, ese proceso cruel que provoca el borrado de los recuerdos recientes, transforma el carácter e incapacita para la vida que se llevaba hasta el momento. Es un proceso mayoritariamente asociado a la vejez, aunque no siempre sea así. Ambas películas se hicieron con sendos goyas en la pasada edición, haciendo evidente no solo su excelencia artística, sino también una gran preocupación social por visibilizar el problema. Y es que más de 900.000 personas en España han sido diagnosticadas con demencia y de ellas un 70% se debe al alzhéimer, cifra preocupante, ya que tiene visos de incrementarse por el aumento de la esperanza de vida.

La literatura sobre esa enfermedad neurológica es ingente, pero pocas veces se habla desde la perspectiva de los cuidadores, o más concretamente desde la perspectiva de las cuidadoras, porque mayoritariamente son ellas las encargadas de asistir a los familiares. Oliver Sacks, tan buen científico como literato que relató con gran humanidad las historias clínicas de pacientes que navegan en su propio mundo marcado por la demencia y el deterioro neurológico, definió este proceso como «viajes a tierras inimaginables» y este es precisamente el título escogido por la psicóloga clínica Dasha Kiper para recoger una serie de casos, al más puro estilo Sacks, que no solo prestan atención a los enfermos sino sobre todo a quienes tienen que asistirles día a día ilustrando y reflexionando sobre el choque inevitable entre una mente enferma y otra que no lo es. Lo publica Libros del Asteroide que en los últimos tiempos ha ampliado su catálogo con ensayos literarios.

Los casos reseñados son estremecedores. Está la mujer que cada día suele cenar amigablemente con su marido en un pequeño restaurante del Bronx hasta que este



Montse, que padece alzhéimer, es cogida de las manos por sus tres hijos, en Barcelona.

invariablemente se despidió diciéndole que cada uno se vaya a su casa, olvidando que viven juntos e ignorando que ella se apresura por llegar al domicilio antes que él. Una vez ambos en casa pueden pasar dos cosas: o bien que la salud sin recordar su encuentro previo o bien que la perciba como una extraña y le obligue a marcharse. A veces él llega a llamar a la policía. Otras ella se ve obligada a dormir en el rellano. Eso se repite día tras día. ¿Cómo un cuidador puede manejar una situación así sin enloquecer a su vez?

No es una historia aislada

«Esta no es una historia aislada o extraña sin más. Cuando vives una realidad alterada, cuando te menosprecian y se pelean contigo continuamente es importante contar con un sistema de apoyo que te valide, te vea, te entienda y te ofrezca compasión. Los hechos son devastadores sin este sistema de ayuda», explica Kiper desde su domicilio neoyorquino, consciente de que el sistema de salud estatal en Estados Unidos deja desasistido a muchas familias. Un problema no menor.

En otros casos, a las familias les cuesta más detectar el deterioro porque el afectado mantiene intermitentemente aspectos reconocibles del pasado. «La persona —explica Kiper— desarrolla estrategias para compensar sus fallos de memoria y en la mente del cuidador es difícil ver los nuevos síntomas, conectado como está a una serie de expectativas y dinámicas conocidas. Vemos a

nuestra pareja o a nuestros padres como siempre los hemos visto. En cierta manera, la mente enferma y la sana están ambas ciegas a la enfermedad».

El cuidado no supone únicamente desgaste anímico y nula recompensa emocional, también está sembrado de culpabilidad. Es fácil enzarzarse en una discusión sin sentido con el paciente o incluso desear su muerte como una forma de liberación: «Se suele caer en el desánimo porque la enfermedad siempre será más fuerte que nosotros. En ocasiones reaccionamos de forma inflexible y poco amable y acabamos sintiéndonos fatal. Tenemos que aprender a perdonarnos».

Ese remordimiento suele acompañar en mayor medida a las mujeres porque todavía las expectativas sociales las asocian a los cuidados y es difícil sustraerse a ellas: «El resentimiento es muy grande en esos casos porque se da por sentado que deben renunciar a todo y que ya no tienen necesidades propias», dice Kiper constatando que la definición de «héroes, víctimas, mártires y guerreros» que Sacks daba a los enfermos también ilumina a los que los protegen. ■

El Periódico



La psicóloga clínica Dasha Kiper, autora del ensayo literario 'Viajes a tierras inimaginables'.